

UN ANIMAL HERIDO O LA POÉTICA DEL DESEO

ÁNGELES MATEO DEL PINO

Javier Bello Chauriye nació en Concepción (Chile) el 25 de octubre de 1972. Ha publicado los poemarios *La noche venenosa* (Concepción, 1987), *La huella del olvido* (Concepción, 1989) y *La rosa del mundo* (Santiago, 1996). Ha sido antologado en diversas muestras de poesía nacional como *Las plumas del colibrí. Quince años de poesía en Concepción* (Concepción, 1989) *Códices* (Santiago, 1993), *Por el ojo de la cerradura* (Concepción, 1994), *Novísima poesía chilena* (Santiago, 1994). Becario durante 1992 de la Fundación Pablo Neruda, obtiene en 1994, con *La rosa del mundo*, el primer lugar en los Juegos Literarios Gabriela Mistral (Categoría inéditos). Es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, donde desde 1992 participa activamente en la formación del grupo Códice y en las publicaciones del Boletín *Cave Canem* y la revista *Licantropía*. Su tesis de licenciatura «Poetas chilenos de los noventa. Estudio y Antología» será publicada próximamente.

[...]

*Agradécete pues, que una palabra /
Amiga mucho vale / En nuestra
soledad, en nuestro breve espacio /
De vivos, y nadie sino tú puedes
decirle, / A aquél que te enseñara
adónde y como crece: / Gracias por
la rosa del mundo!*

Para el poeta hallarla es lo bastante, / E inútil el renombre u olvido de su obra, / Cuando en ella un



*momento se unifican, / tal como son
amante, amor y amado, / Los tres
complementarios luego y antes dis-
persos. / El deseo, la rosa y la mira-
da.*

[Luis Cernuda, "El poeta",
en *Vivir sin estar viviendo* (1949)]

Refiere Baudelaire que la especificidad de la poesía se encuentra en el vasto y envolvente mundo de la imaginación. Del mismo modo se expresa Paul Valéry quien, al referirse a este «poeta maldito», resalta que todo en su lírica es hechizo, música, sensualidad abstracta y potente.

La poesía que hoy nos ocupa —*La rosa del mundo* de Javier Bello— tiene, en este sentido, algo de Baudelaire. Su especificidad no radica exclusivamente en el campo del lenguaje, sino más bien en el rico mundo de las imágenes y en la hondura de las sugerencias: "sólo la imaginación contiene la poesía", nos apunta de nuevo Baudelaire.

A través de la poesía Javier Bello ordena la naturaleza, reúne en una única y armoniosa percepción intelectual el universo que nuestros sentidos perciben como incoherente y contradictorio. El poeta deviene así en un «descifrador de la analogía universal», jergológico del mundo, en el que los perfumes, los colores y los sonidos se corresponden. Un poeta profundamente asido a la vida, dotado de una sensibilidad a la vez abierta y dolorosa:

*Como los ciervos que llevan algodón
en la garganta, / como los viejos que
cuelgan sus arpas de los sauces / amé
sólo lo herido / y yo quiero que mi
corazón llegué a los ríos.¹*

Desde el inicio *La rosa del mundo* nos sorprende por su título, un verso prestado de Luis Cernuda que, en cierta manera, justifica la creación artística: «Gracias por la rosa del mundo. Para el poeta hallarla es lo bastante». Este juego de intertextualidad no sólo pone de manifiesto las preferencias literarias de Javier Bello sino que, también, nos permite configurar su visión poética. Ambos autores, Cernuda y Bello, tienen en común una producción lírica basada en el dolor, entendido como insatisfacción, amor imposible o frustrado. El deseo y la realidad son dos palabras que expresan certeramente el conflicto central de *La rosa del mundo*: la lucha entre el anhelo de realiza-

¹ BELLO, Javier, *La rosa del mundo*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1996, pág. 13.

ción personal —llámese «deseo»— y los límites que se le impone. No es de extrañar, por ello, que su poesía aluda, constantemente, a la soledad, al ansia de alcanzar una belleza perfecta, a la añoranza de un mundo no logrado y, sobre todo, al *eros*. Con voz personal el poeta trata y explora en el deseo, plasmado como algo concreto. Así, el amor insaciado y lacerado tamizará y poetizará la realidad toda, al transformarse en misterio y mito:

Noticias del dolor, anuncios enterrados, de otra heredad sin luz, / más luz que aquellos cuerpos que vuelan encendidos de / esperma y de ceniza. / Así es el corazón, así su llama fría como una espiga muerta que el / odio reconoce, que las aves de hielo desangran de su ira. / Noticias del dolor, las bestias duermen, duermen bajo el latido de / la nieve, duermen bajo los montes congelados.²

Todo ello hace de este poemario un libro unitario, por temática y forma, en el que el sello de la personalidad poética estriba, más que en las cualidades esenciales y permanentes del lenguaje, en lo accidental, variable y característico del modo de formar, combinar y enlazar las imágenes, los símbolos y las metáforas, para sugerir lo indecible y expresar en palabras lo inefable. Una obra bien hecha, tal y como la entiende Roa Bastos, es decir, «aquella cuyo final recuerda siempre el comienzo cerrando el círculo»³. Asimilación personal de la tradición, donde lo clásico se conjuga con la imaginación de raíz surrealista, que se logra a través de un viaje interior en el que lo de afuera se subordina a lo de adentro. A partir de la incesante

sustracción de su intimidad, de su integridad como ser humano, el poeta se integra en el poema y al hacerlo ambos se hacen inseparables:

Todo esto, mi amor, y más, son tus ojos. / Podrán quizá llamarse algún día como quiero. / Yo te los entrego en este poema, / que es el poema de tus ojos y que doy a tus ojos. / Pero ten cuidado, / en tus ojos anda suelto un tigre que se parece a la forma de esta / noche, a la forma de esta noche en tus ojos.⁴

Al analizar el componente imaginario presente en *La rosa del mundo* advertimos que, la anatomía de los sentimientos de la mente y del corazón, se vertebra sobre el eje *Eros* y *Cronos*, con una predominante presencia de *Thanatos*, entendida como *Psiquis* o melancolía del deseo. En la trama del lenguaje simbólico, la verdadera naturaleza de la metáfora se revela como mediadora del sentido, equilibrio inestable entre imaginación y razón, que nos acerca poco a poco hacia ese borde donde el mundo real termina y comienza otro en el que podemos soñar. Surge así una poesía «tridimensional», extraña y mágica a la vez, que no reproduce un estado genérico del yo, sino sus estados cualificados que despliegan su propia pulsión vital en constante metamorfosis:

Yo vi la lengua, el labio, la pluma de morfina, / el diente de los ojos que me siguen quemándome despacio, / golpeando por la losa en las escalas, despacio, / cegados de palomas, tan despacio, tan viejos, / enredados en la tarde de los parques, despacio, muy despacio, / encendidos, buscándome.⁵

Pero, como señala Ticio Escobar, «¿Qué ocurre más allá de la palabra? ¿Cómo se conecta el verbo con lo nombrado? Si entre signo y objeto anida una distancia es tarea del creador el tratar de salvarla»⁶. Los intentos de decir lo real se ven interceptados por ecos y sombras, por reflejos, por ausencias que desorientan el derrotero recto del lenguaje e impiden, para siempre, que se cierre sobre las cosas. Por ello, la poesía de Javier Bello trabaja en esa franja ambigua cercada por espejos que invierten la mirada, cruzada por silencios que guardan las palabras no dichas, acaso las únicas exactas. Adepto de la duda absoluta, trata de relativizar con terror minucioso los detalles de la fuga, consciente de que el fin es previsible. La huida es imposible:

No mentirán mis ojos al mirarte, llevo un paisaje helado de estatuas que me hablan. / No diré la palabra, decir es dar la muerte, cuando las alondras / se revelan gotas o lámparas, y tú, fecundada por el río, / pedirás la paz, las alas que se llueven sobre un reino de fiebre. / Ya no te temeré, yo sólo espero.⁷

Las metáforas, las imágenes, los símbolos, asedian, pues, el arrogante andar de los decires y se llenan de inquietudes y de zozobras, al señalar la frontera indecisa entre el hombre, la bestia y las plantas espinosas. Límite que nos recuerda que el hombre siempre teme al *eros* y este miedo es el que le impulsa al salvajismo. Así, los conceptos apretados, tajantes, ven transgredidos sus esquemas claros por las turbias razones del deseo y la memoria, del sueño, quizá. Una

² Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 31.

³ ROA BASTOS/ Augusto, *Madama Sui*, recogido en *Metaforismos*, El Lector, Asunción del Paraguay, 1996, pág. 135.

⁴ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 44.

⁵ Vid. *La rosa del mundo*, pág. 54.

⁶ ESCOBAR, Ticio, «Los aforismos manchados», en *Metaforismos* de Augusto Roa Bastos, El Lector, Asunción, 1996, pág. 9.

⁷ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 32.

poesía que se escucha a través del recuerdo que tiene un oído más fino, más intemporal, porque la presencia siempre queda. La energía de las palabras, del recuerdo del presente-ausente, permanecen inextinguibles en el silencio que dejan:

Tú querías que recordara las cifras encantadas, / la resonante escuadra de los números puesto al servicio del goce, la saliva radiante de los cuerpos pulidos por los ramos del mar, los cuerpos constelados de semillas prohibidas, los collares prohibidos, los cuerpos encendidos de uranita en los lechos, / su fiesta que estrangula.

Yo recuerdo ese mar, / esas alas, un túnel.⁸

Pero, si el pleito entre el signo y la cosa es uno, hay otro, el que enfrenta la escritura con la imagen. Los límites que separan la palabra de la figura son porosos y son confusos, pero obsesionan al poeta que busca siempre doblegar el nombre para arrancarle la confesión de sus colores, los argumentos de su visualidad, el secreto de la apariencia. Persecución de la tregua imposible entre la representación y lo representado, como el acuerdo esquivo entre lo gráfico, lo plástico y lo sonoro:

El árbol es el cetro y la música y la piedra, / el hondero que danza y nunca hiere al agua y nunca puede beber y ser de viento, / la flecha y el oído donde el odio resbala como el aceite que vertiera una anciana, / pero ante todo el árbol es la llave donde el hombre y su sangre / dieron gracias por el aliento de un dios que no hería. Ah, pero no habla.⁹

Javier Bello, en *La rosa del mundo*, intercambia huellas y

⁸ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 36.

señales, mezcla metáforas e imágenes, superpone sombras. Se enfrenta o se alía consigo mismo, se funde y confunde recíprocamente hasta que el texto lírico deviene forma y se vuelven caligrafía los símbolos. Entonces, sólo entonces, este imaginario poético se llena de espacios baldíos, metáforas visuales de la palabra callada, y los poemas se cargan de sentido, de secuencias gráficas, de recursos robados de los terrenos de la imaginación. Como si reflotara de un naufragio de silencio, sus palabras estallan como burbujas que exhalan el olor de una profundidad, a primera vista, insondable:

Yo quiero hablar como habla el manzano, / preciar un labio más que oír el relámpago / y en la algarabía de la música saber la estrofa de los vientres / como un parlamento conocido, / poseer la ceguera de la nieve, de sus bestias gemelas y enterrarlas.¹⁰

Quizá una de las figuras más expresivas de ese tráfico oscuro entre la imaginación y el poema sea la de las *manos*. Las manos que canjean sus oficios e identidades y se convierten en rastros, en huellas dactilares, en sombras, en manchas que signan un papel doblemente imaginado. Pero también hay otras que aparecen recurrentemente: las imágenes enredadas, tachadas o bordadas; los mensajes ilegibles, desautorizados por la imagen; los versos plegados, desmentidos por la palabra, las cintas adhesivas que ocultan y fijan, protegen y velan:

Los animales nacen de la noche en las manos. / Las manos se muerden en el monte / Manos de dormido, manos verdes buyendo, pesadas

⁹ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 48.
¹⁰ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 17.

garras / de diamante. / No, no hay pecado. / Elígeme, nómbrame ante el mar, sorbe mi mejilla, bésame en los pozos.¹¹

La rosa del mundo refleja, como las partes de un espejo trizado, la verdad incompleta —que siempre dice menos a través de lo que muestra que mediante lo que calla—. Lo esencial de una verdad únicamente lo es cuando permanece oculta en el misterio de los que la viven, desconocida por ellos mismos. La costumbre es más poderosa que el deseo, aun cuando éste nos somete a la servidumbre de una elección que sin el impulso sensual no habríamos aceptado por nuestra cuenta. El deseo sólo es deseo mientras no se cumple. Hay deseos que duran toda la vida, porque como señala Luis Cernuda, «[...] el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe»¹². Este deseo-delirio no es sino la cara oculta del sentido común, y todos sabemos que el sentido común es el menos común de los sentidos:

En mi pecho el verano mintió como las barcas, en mi pecho el deseo / bramando se deshizo, la hierba prometida nos dijo el peso / helado de un duro corazón. No hay voz que dé al amor tanta ceniza, no hay voz que desde un / púlpito señalados nos vea como gárgolas. / Así nos castigó la vejez, un labio que cae en los rosales.¹³

¹¹ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 27.
¹² CERNUDA, Luis, "No decía palabras" en *Los placeres prohibidos* (1931), recogido en *La realidad y el deseo*, Alianza, Madrid, 1991, pág. 76.
¹³ Vid. *La rosa del mundo*, op. cit., pág. 31-32.